CAPITULO IV

D. TRINIDAD SANCHEZ SANTOS

(SUS ARTICULOS)

LA INDEPENDENCIA DE CUBA

DICTAMEN ACERCA DEL
ARTÍCULO ESCRITO POR EL SR. D. FRANCISCO BULNES.

Se me pide opinión acerca de la respuesta dada por el Sr. D. Francisco Bulnes al Sr. D. Carlos de Olaguíbel y Arista en la polémica que tienen convenida sobre el delicado asunto de la independencia de Cuba, y declaro que es muy penoso emitir tal parecer, porque no he conocido controversia ni en libros ni en periódicos, ni en aulas, ni en parlamentos, que presentara como ésta un tan gran desnivel dialéctico entre la argumentación del sustentante y la réplica del opositor.

En los artículos del Sr. Olaguíbel, hay ante todo, *discurso*, es decir, concatenación de ideas, serie y enlace de proposiciones y raciocinios que se dirigen rectamente á la demostración de una tesis; mientras que en el escrito del Sr. Bulnes, esta última está olvidada, y en vez de raciocinios, de argumentación, de discurso, no hay sino una dialéctica de *conffeti;* es decir, puñados de proposiciones

(todas falsas, erróneas, absurdas), sin orden, ni enlace, ni más orientación que el insulto cruel y sectario á la España católica, mejor dicho, á la católica España y los españoles residentes en la América latina.

En ese artículo, cualquiera proposición ó aserto puede sin perjuicio del grupo, ser transladado antes ó después del lugar que ocupa; cualquiera párrafo, ó período puede cambiar de sitio, suprimirse ó mutilarse sin daño de la tesis, que no entró para nada en la mente del autor, que en su recalcitrante excepticismo ha acabado por desligarse de las leyes de la lógica, del juicio y de la investigación racional de la verdad.

Los que discutimos en México para ensanche de nuestras propagandas y conquista del bien público, tenemos que protestar contra ese decadentismo aplicado á la polémica y que consiste en furibunda ducha de frases de efecto, tronadoras y huecas que se disparan sobre la ignorancia del 99 por ciento de lectores, para producir en ella la reacción mecánica y morbosa de cualquier fanatismo. Deben marcar con linderos muy relevantes la diferencia que hay entre pensar, discutir, rastrear la veta preciosa de la verdad, mediante procedimientos científicos, y vaciar de golpe carretadas de errores, caprichos é inventivas, impregnados de suficientismo y dogmatismo tal, que acusara positiva manía psíquica, si no contara, para explicarse mejor, con ese terrible 99 por ciento de lectores.

Mas aparte de que en el artículo del Sr. Bulnes no hay discurso, todo es en él falso y arbitrario. Cada cinco palabras contienen un quinientos por ciento de errores, falacias y caprichos. Ahí, ni la historia es historia, ni la etnografía etnografía, ni la sociología tiene escrúpulo de tal; todo ha sido inventado por el autor, todo ha salido de su tintero, todo se ha troquelado en su fábrica especial de proposiciones dogmáticas, sin el menor compromiso de prueba. Voy ahora á demostrar lo que acabo de decir.

Comienza asegurando que «los conquistadores no civilizan.» Tengo seguridad que el Sr. Bulnes ha escrito

de historia, como el Sr. Pimentel escribió de lenguas y dialectos de México, sin conocerlos, ó como suele decirse, *de oídas*. Los conquistadores han civilizado ó han sido civilizados por los vencidos, según quienes fueron los unos y los otros, la época y el medio.

Los árabes, que en la era precristiana, al conquistar repetidas veces la Astría eran civilizados por los babilonios, sus prisioneros, al conquistar el Occidente de Europa en la Edad Media, penetrar hasta las Galias y poblar las llanuras de Poitou, civilizaron brillantemente esos dominios. En la época en que la revolución arábiga salió de las montañas de la Arabia Pétrea, la civilización pagana estaba en plena decadencia, en tanto que el cristianismo, por esa lógica divina de su desarrollo, se ocupaba en cimentar el problema padre de todos los problemas: el social. En Grecia y en Italia, los estudios científicos estaban abandonados. Las artes de imaginación y de sentimiento caían poco á poco en la barbarie. Otro tanto pasaba en Egipto. La célebre escuela de Alejandría, que durante tanto tiempo había brillado con luz refulgente, producía aun eruditos, matemáticos, gramáticos y comentadores, mas lo que le quedaba de fuerza intelectual, gastábase inútilmente en disertaciones, controversias y discusiones sutiles, sobre asuntos fútiles y cuestiones de falsa metafísica que nadie entendía. El genio creador que inventa, desenvuelve ó perfecciona, había volado de Alejandría, como de las demás ciudades del mundo pagano. Pero llegaron los árabes; recogieron por todas partes los monumentos del arte y de las ciencias; formaron bibliotecas, museos, gabinetes de historia natural; fundaron escuelas, academias, observatorios; tradujeron los libros científicos de los filósofos griegos; aplicáronse al estudio de la astronomía, de las matemáticas, de la medicina que hallaron explicada en los libros de Hipócrates y Galeno, y millares de obras helénicas fueron traducidas, comentadas, profundizadas por talentos árabes de primer orden. Establecieron relaciones por tierra y por agua con todos los pueblos, penetraron á la China, la India y el Japón, recogiendo sus conocimientos preciosos, de que los griegos jamás tuvieron noticia, y comunicando los suyos. Por este medio los árabes abrieron itinerarios á la filosofía y el arte de los helenos y los asiáticos, esparciendo la luz de las Indias hasta Granada, desde las riberas del Tigris hasta las del Guadalquivir. Fundaron la universidad de Bagdad y la del Cairo que alcanzaron grandísimo renombre, así como la de Córdoba en España, que fué la Sorbona de la Europa antigua, que dió profesores á todos los pueblos civilizados. Llenaron Granada, Córdoba, Toledo, de monumentos insuperables de buen gusto y riqueza, é hicieron de España á mediados del siglo X la nación MÁS CULTA Y ADELANTADA DE EUROPA.

Antes y después de las empresas luminosas de los árabes, otros conquistadores también civilizaron. Civilizó la Persia conquistadora bajo la espada de Ciro, en quien reconoce la historia un filósofo y propagador de luces en el mismo grado que guerrero. Civilizó Alejandro, civilizaron los cartagineses; como ha civilizado después Inglaterra, conquistadora en ambos hemisferios, y civilizan hoy Francia y las Potencias que conquistan el Africa.

Se ve, pues, cuán gratuita, insostenible y arbitraria es la aserción del señor Bulnes, que tiene de historia, menos que lo tienen de arqueológicos los ídolos, fabricados la víspera, que los indios de Teotihuacán venden á los pasajeros yankees del ferrocarril Mexicano. Mas ya comprendo el por qué de tan peregrina y nunca imaginada proposición del señor Bulnes. El nos lo dice: «La civilización persa, egipcia, india, inca y azteca fué destruida por las conquistas.» Es que para el Sr. Bulnes el hecho de sustituir una civilización imperfecta y hasta monstruosa, con otra mucho más culta, fulgente y avanzada, no es civilizar, sino barbarizar.

La España conquistadora trajo predicadores que destruyeron los sacrificios humanos, que contaban millones de víctimas; las costumbres feroces de los aztecas; la pena de muerte por los más fútiles motivos, los castigos cruelísimos en el hogar, las fumigaciones con humo

de chile, la clavazón con púas de agave, los bancos de palos y lapidaciones hasta la muerte, por las más ligeras faltas; la guerra sistemática, como una industria del Estado y del pueblo, con excepción de los comerciantes; la dirección de la cosa pública confiada á los ídolos; la esclavitud de los prisioneros, la normal de la mujer, la poligamia, las mil monstruosidades de aquella civilización en estado de barbarie; y en lugar de ellas, estableció instantáneamente, como una de sus primeras providencias, escuelas de letras, de artes y oficios, Universidades, y hasta especiales para indios, como el colegio de Tlaltelolco, de donde salieron maestros indígenas, que después enseñaban á los españoles. ¡Prodigio del afán por civilizar á los vencidos, por hacerlos superiores moralmente. («El que instruye, gobierna,» ha dicho *El Mundo)* entregándoles la fuerza intelectual, la fuerza de la luz sobre los vencedores! recogiendo los geroglíficos, los cantares, los símbolos, para construir por manos de los misioneros, la historia antigua del Anáhuac; aprendieron la lengua nacional, para comunicar las luces á las muchedumbres y difundirla en las escuelas sabias de Europa; reuniendo en pueblos, para la vida asociada, primera necesidad de la civilización, la multitud de tribus dispersas y errantes; reconociendo la autoridad de los caciques, para la permanencia del sentimiento íntimo de la nacionalidad, y los derechos territoriales de los indios, hasta asegurarlos con declaraciones canónicas, bajo severas penas, como reconoció el Concilio III Mexicano, los de los chichimecas, resolviendo el problema económico al levantar considerablemente el salario del indio, quien hasta hoy, cuando ya no hay conquistadores, y el tipo de la moneda ha bajado inmensamente, conserva los *dos reales diarios,* que consiguió para él hace siglos, y en fuerza de autoridad religiosa aquel santo Concilio; dignificando á la mujer indígena, hasta crear monasterios especiales para ella, como el de Corpus Christi y Loreto, en época en que la consagración de la virginidad constituía el acto más elevado de la mujer noble, dignificándola hasta reconocer en la Imagen Guadalupana, en la

auto imagen de la Madre de Dios, de la reina de los reyes de los conquistadores, el tipo é imagen de la india, elevada así á la mayor y más imaginable honra que jamás se concediera á mujer alguna; y finalmente, inundando de escuelas los atrios de los templos, de colegios las ciudades, de hospitales, asilos, teatros, edificios grandiosos, abriendo caminos, fundando ciudades de primer orden, como Puebla, León, Guadalajara; elevando á los indios á la dignidad sacerdotal; enseñando todas sus industrias, dictando las Leyes de Indias, y enviándonos los hombres más idóneos, honrados, abnegados y nobles, escogidos entre la flor del Estado y la Universidad; un Mendoza, un Velasco, un Palafox, un Moya y Contreras, un Haro de Peralta, un Vasco de Quiroga; es decir, substituyendo á Huixilopochtli, con Jesucristo; los pitos de carrizo y los *tepoxnaxtlis* de palo, con el laúd, la cítara y el órgano; los *cuicocalli* con la Universidad; las casas de adobe sin puertas, con la catedral, el colegio de Minería y San Ildefonso; los cacaos con la moneda; el punzón con el arado; el horrendo sacrificio de los niños, con el bautismo; los cinco mil y tantos dioses y sus cinco mil y tantas crueldades é iniquidades, con el dogma de un solo principio moral que rige el universo, la esclavitud con la libertad; en una palabra, la barbarie con la civilización, tan densa como entonces existía.

Pues á esto le llama el Sr. Bulnes hundir en la barbarie. Por eso dice que los conquistadores no civilizan, y llora á lágrima viva por la civilización azteca. Para ese honorable escritor, una civilización merece tal nombre sólo cuando se petrifica en su estado troglodita, en su embrión, en sus monstruosidades. El ocote que alumbraba con llamaradas de humo cárdeno las reales estancias de Motecuzoma, substituido hoy por las luces de Edison que inundan de ráfagas blancas los salones del palacio nacional, ha sido un atentado contra la civilización. Las chalupas tabasqueñas, los oyameles ahuecados que aun bogan en el canal de Santa Anita, substituidos por el buque escuela Zaragoza, significan otro atentado contra la civilización azteca, que ha tenido muchos

enemigos, desde los misioneros que retiraron los platos de carne humana de los banquetes á que asistirían los comerciantes aztecas, hasta la Legislatura de Guanajuato, que ha expedido un decreto ordenando que los hombres anden vestidos.

Por eso le faltó á la proposición del Sr. Bulnes una segunda parte de importancia. Debió quedar así: «Ni los conquistadores ni los legisladores de Guanajuato civilizan.»

***

Compadezco al Sr. Olaguíbel, y no imagino de donde adquirirá la paciencia bastante para escarmenar, apartar, clasificar tanto error, capricho, ocurrencias arbitrarias con traje de dogmas, como encierra el artículo á que me refiero. Menos paciencia necesitara quien pretendiera apartar la marmaja y la arena en el lecho seco de un rio. No me comprometería á tanto, porque la faena asustaría á un chino carente de sistema nervioso; me propongo únicamente que el lector forme idea de la arbitrariedad, falsedad é insufrible sofistería con que está forjada la réplica al Sr. Olaguíbel, en un asunto que, conducido séria y científicamente, pudo ser de gran provecho para ilustrar la opinión mexicana. Así, pues, me ocuparé tan sólo en aquellos puntos en que el autor hace á España y á los españoles de América los insultos mayores.

Perpetrando un delito de sentido común, en que jamás había incurrido escritor alguno, aún los que suelen colocarse en los más bajos puntos de vista, considera el Sr. Bulnes depresivo, morboso, casi tuberculosis para una nación, el contar con historia gloriosa, y vivir apasionada de ella. No niega, aunque vilipendia, las glorias de España; pero considera estúpido y retrógrado el amor que ella les profesa, la dignidad que le imprimen y el afán majestuoso con que procura conservarlas nítidas al través de la historia. Para el Sr. Búlnes los antecedentes de un país no son más que un costal de tonterías, bromosas, cuando no perjudiciales. Un pueblo que quiere ser grande, fuerte, rico, próspero, comenzará por incendiar sus archivos, destrozar sus monumentos, prohibir bajo severísimas penas que se nombre á sus héroes, á sus maestros, artistas, legisladores, nautas y sabios. Todo eso no es más que un *museo en el cerebro.* Los antecedentes de honor, las honras que cuidar, la sugestión de la dignidad, para nada influyen en el vigor, dignificación y moral pública de un pueblo. Para que una sociedad se dignifique, bástale y sóbrale asistir á una gran tocinería como Chicago, ó vivir como los tarahumaras de Chihuahua, sin saber quién fué su padre, ni cuyo es el hijo recién nacido que se encuentran al pie de un árbol, ó junto al crestón de una roca.

Ya sabíamos, porque álguien nos lo refirió, que el Sr. Bulnes ha dicho: «Yo no creo más que en el *beefsteak* que me estoy comiendo;» pero nos admira, cómo no ha presentado á la Cámara un proyecto de ley para abolir las fiestas nacionales; para derribar el monumento de Cuauhtemoc, para quitar á Estados, plazas y calles los nombres de los héroes, para mandar enterrar en cualquier fosa común los cráneos que se conservan en la capilla de San José de Catedral, arrasar la rotonda de los hombres ilustres, quemar la historia de México, acabar, en fin, con ese fardo ya no muy breve que carga el pueblo de México.

No sé, en verdad, qué puede contestarse seriamente, qué oponer, salvo la broma ó el sarcasmo, á quien toma por cachivache inútil y hasta funesto, los antecedentes grandiosos, la gloria del abolengo, el culto á las conquistas del genio nacional; pero sí sé decir al Sr. Bulnes que los hombres, las sociedades y los pueblos que no tienen algo que salvar de la ignominia, tampoco tienen esperanzas de engrandecimiento. El pueblo azteca sucumbió socialmente á pesar de los esfuerzos de España para elevarlo, porque no tenía glorias que ostentar ante la civilización. Tres veces se clausuró en distintas épocas el colegio de Tlaltelolco por falta de alumnos. Y ese fardo que el Sr. Bulnes observa en el pueblo español, y por el cual tan duramente lo insulta, sepa que

es común á todas las naciones civilizadas. Francia está saturada del culto á sus glorias. Si aún existe allí partido monárquico, no es más que la manifestación del orgullo de esa gran nación por las glorias que conquistó el trono de San Luis. Inglaterra es fanática por su pasado, sus tradiciones y costumbres arcaicas; Alemania no olvida nunca el altar de sus ilustres abuelos, ni los rencores, compañeros de glorias y desastres, que vienen reengendrándose desde las conquistas de Carlo Magno hasta la recuperación de Estrasburgo. Italia recuerda todos los días que fué la señora del mundo, la que dió leyes en su lengua á todos los pueblos, desde el Tigris hasta el Danubio, y su desastre de Abisinia la ha herido más por el lado del orgullo nacional que por el de los intereses materiales que perecieron en la catástrofe. Los polacos emplean los domingos en cantar las músicas de sus antepasados, y los irlandeses y cuantos pueblos desmembrados gimen bajo la presión de los grandes, guardan dentro del orgullo de su ayer sus esperanzas de mañana. Hasta los chinos, tan indiferentes y materialistas, tan degradados y raquíticos, tienen la obligación, cada vez que hablan solemnemente al emperador, de hacer reminiscencias de sus monarcas ilustres.

En todo el globo, en toda la historia, en toda la humanidad, sólo ha habido una cabeza, la del Sr. Bulnes, que tenga por cosa vanal y dañosa el honor y la gloria de un pueblo, el culto de éste á sus nlasones, y la traducción legítima de ambos: el patriotismo. Si el pueblo español es, entre los actuales, el que más se distingue por la delicadeza de ese culto, y el celo de ese honor y de esa gloria, débese á que ninguna de las naciones actuales puede ostentar los títulos de grandeza que España. Para algo han de servir esos bagajes que el Sr. Bulnes juzga pueriles objetos de museo, puesto que la poderosa Alemania formidó ante ellos, cuando al iniciarse el conflicto de las Carolinas, se amparó bajo el trono pontificio y buscó para su caída una postura académica, confiando á León XIII el arbitraje. Bismark, que sabe de política, de Europa y poderío más que el Sr. Bulnes,

tuvo respeto á esos bagajes, y prefirió esconder sus triángulos masónicos bajo la solapa, hacer las amistades con el Pontífice, derogar el terrible *kuturkampft*, á tener que habérselas con esas bagatelas. Para algo han de servir, repito, cuando el gobierno de los Estados Unidos carga con el desagrado del pueblo, de los cuerpos irresistibles, como el Senado, y se niega hasta hoy resueltamente á causar una ofensa á España y declararle enemistad al reconocer la beligerancia de las negradas cubanas. Los Estados Unidos, por una cuestión del continente, enseñaron su espada á Napoleón III para que retirara las fuerzas expedicionarias de México; por otra cuestión del continente impusieron con insolencia á Inglaterra, salvando hasta las formas tutelares de la diplomacia, el programa del arbitraje en el asunto de Venezuela, mediante una especie de nota que era casi un reto belicoso. Esto han hecho en tratándose de naciones inmensamente ricas; pero se trata de España, se trata de aquellas vegestorias de pergaminos, clavados en la espalda de una nación pobre, y entónces, pésele á la doctrina Monroe, pésele al protectorado sobre el continente, pésele al Senado de Sherman, pésele al pueblo americano, que ansía vorazmente la isla, las autoridades responsables envainan la espada, embodegan millones, su incomparable poderío bancario, y hasta Sherman, que como senador profería pestes contra España, como Ministro de Relaciones es partidario del veto y oprime vigorosamente la mano del Sr. Dupuy de Lôme.

Y de ese culto de los españoles á la patria de hace siglos, la de ayer y la de mañana, deduce el Sr. Bulnes que el español es un idiota sin más numen que la vanidad. Siempre se han encontrado nombres infames, para las cosas más nobles y sagradas. Pero, Dios mío! ¿qué le restará al Sr. Bulnes que decir de nosotros los mexicanos, cuando esos idiotas, esos vanidosos (la vanidad es propia de los débiles) son en México los que poseen los grandes negocios, las grandes industrias de capital latino, las grandes fincas de campo, los bancos, las minas, la gran mayoría de la riqueza pública, etc., etc? ¿Qué

nombre merecen los que en su propia patria están dominados intelectual y económicamente por una veintena de idiotas vanidosos? Si son idiotas Menéndez Pelayo, Castelar, Echegaray, Tamayo, Cánovas, Pidal y Mont, etc., etc., ¿qué nombre mereceremos los que no sabemos lo que Menéndez, los oradores que no alcanzan á la rodilla de Castelar, los que somos inferiores á Núñez de Arce, y en negocios y letras, en marina y demás formas de la fuerza material y moral, no podemos rivalizar con esos y otros semejantes idiotas?

Establece el Sr. Bulnes comparación entre los Estados Unidos y España, desventajosísima, por supuesto, para esta última. Sólo que así como revela ignorar la historia de España, muestra desconocer los Estados Unidos.

España, dice el Sr. Bulnes, en realidad no existe. ¡Invención suprema del supremo dogmatismo! ¿Por qué? Porque en las Provincias de España reina el provincialismo. Es verdad; no precisamente el que describe el Sr. Bulnes, y que inventó al sentarse á escribir, como inventó lo demás de su artículo; sino esa tendencia natural del patriotismo que comienza por la preferencia del hogar, se extiende al pueblo, la aldea, la municipalidad, la provincia, y tiene por límite el territorio. Pues si provincialismo implica la no existencia de una nación, seguramente que no existe ninguna. En México, el yucateco, el veracruzano, el oaxaqueño, el poblano, el michoacano. el jalisciense, todos son provincialistas, todos prefieren y alaban lo suyo como superior á los demás.

México no es nación, porque hay Estados en que se dice: «mono, perico y poblano no lo toques con la mano;»porque unos llaman á los oaxaqueños *birotes*, y otros á los jaliscienses *muñequeros*. México no es nación, porque los guanajuatenses se ufanan de haber tenido por conciudadano al Cura Hidalgo, y los michoacanos se enorgullecen de Morelos é Iturbide, y así los demás Estados. Pero resulta que tampoco hay Estados mexicanos, porque los de un Distrito alientan siempre

la presunción de superioridad sobre los vecinos del otro; ni tampoco hay Distritos, supuesta la emulación entre unas y otras municipalidades; como lo prueban los antagonismos de un barrio con otro; ni barrios, porque los de unas calles son émulos de los de las otras; ni siquiera hay casas, puesto que á menudo tienen los gendarmes que intervenir en los disgustos de unos inquilinos con otros; ni hay, por último, viviendas, puesto que los hermanos suelen disgustarse. ¡Allá vá la lógica del Señor Bulnes! Nos hemos quedado sin nación, sin Estados, y hasta sin accesorias. En cambio nos presenta los Estados Unidos como nación fortísima.

¡Esa sí que es Nación! Pues digo que no la conoce el Sr. Bulnes. Los Estados Unidos son una gran sociedad mercantil, pero no una Nación. Ese es el único país que carece de unidad, por completo. Chicago tiene más de millón y medio de habitantes, y de ellos solo unos cien mil son americanos. En un restorant se oye hablar en todos los idiomas. Hay ciudadanos íntegramente alemanes. y abundan las poblaciones en que, á las puertas de las casas de comercio se lee este rubro: «Se habla inglés.« No hay, de seguro, país en que exista menos noción moral de la patria y menos amor á ella. Lo que allí se llama patria son las acciones en los negocios, los dividendos y las tarifas. Y contra los ideales del Señor Bulnes, tego el derecho de decir que esa no es la patria mientras la naciones cultas, los filósofos, los publicistas y las leyes entiendan otra cosa por esa palabra. Un colosal hacinamiento de extranjeros, que tal es en resúmen la Unión Americana, podra ser muy rico, pero carecerá por completo de acción patrótica. El siglo entrante se encargará de probar en la práctica que desde Nueva York á Califarnia no ha existido una nación.

España es, según el Sr. Bulnes, desde hace siglos, una Nación incapáz de sostenerse económicamente. Por eso se lanzó á la industria militar cuando le faltaron los moros.

Pues vuelvo á decir que el Sr. Bulnes ignora la historia. Precisamente el cargo que los críticos, aun los es-

pañoles hacen á España, consiste en su imprudente desinteres, en no haber querido aprovechar económicamente sus grandes éxitos militares. El mayor de todos fué, sin duda, el de Lepanto. Pues bien, se acusa á España de haber abandonado las grandes consecuencias de esa victoria (una de las principales chácharas del museo). Escribo á vuela pluma; tengo delante á la persona que me pide estos apuntes, que espera estas cuartillas, y no dispongo de tiempo para consultar libros; pero estoy seguro de que en el tomo III de la «Historia de España» por de La Fuente se halla amarga recriminación del autor contra el trono, por no haber querido aprovecharse de ese desastre otomano; y el historiador consigna estas palabras: «Felipe II que al recibir la noticia de Lepanto, rezaba en el coro del Escorial, sin dejar de motrar ligera alegría, continuó inmutable su rezo.»

Lo que España defendía en aquella industria militar, era la civilización cristiana; por eso mientras peleaba heróicamente con el formidable poder islamita, que ha sido desde los albores de la Edad Media la gran amenaza de los pueblos de Europa, Inglaterra se dedicaba á la piratería, al despojo de buques con tesoros que iban de América para España, y holandeses y marinos de los Países Bajos, explotaban esa industria.

El Sr. Bulnes habla mucho del fanatismo de España, y presenta á los Estados Unidos como país impío, que ni le hace caso á Dios, ni piensa más que en el dinero. Si ese escritor conociera la República vecina, comprendería la magnitud del desacierto que ha dicho. La piedad, ya protestante, ya católica, florece en los Estados Unidos, y entre las recomendaciones del yankee no es la menor su espíritu religioso. En todos los pueblos las mejores casas son las de Correos y la del Ministro del culto. La prodigalidad de los americanos para con las iglesias es increible y su devoción ejemplar. Los más ocupados banqueros, industriales, profesores, empresarios, jamás comprometen el tiempo dedicado á la Biblia ó al templo. Las instituciones piadosas, los conventos de monjas y frailes, los colegios canónicos, los Prelados, aumentan cada día, lo mismo que los periódicos exclusivamente religiosos.

El único país que señala un día del año para dar oficialmente gracias al Sér Supremo por los favores recibidos, es Norte América. Ahí el ateo es visto con mayor desdén que una bestia, y la blasfemia es castigada cruelmente y por acción popular. Ese país ha impreso en su moneda una frase que es en substancia una oración; y todos sus grandes hombres desde Washington hasta Grant, han sido religiosos.

Otra observación para concluir. El Sr. Bulnes inventó un grande afecto de los yankees hacia los cubanos, que «han educado bajo sus narices.»

Pues los yankees los huelen y si resulta un hijo de padres españoles, no lo consideran sino como español, y si resulta un mulato entonces lo detestan, lo desprecian, le prohiben la entrada á los wagones de los blancos, lo levantan de la mesa de una fonda de blancos, lo mandan á la galería alta en los teatros, consideran vilipendiosa toda relación con él y todo contacto. Ese es el grande enamorado que le ha salido á los cubanos. Nadie ignora que el yankee, dentro de su sistema político necesario para la vida de la sociedad mercantil, es el más aristócrata del globo, y el que más desprecia y maltrata á las razas inferiores. El Sr. Bulnes acusa de vanidad á los hijos de España, pero no sabe que el yankee, luego que reune un caudal, cuida ante todo de llevar sus hijas á Europa á fin de casarlas con nobles arruinados, y va á Inglaterra á comprar cruces para la solapa, y pergaminos de familia; y tanto llega el afán por las condecoraciones, que todos, aún los plebeyos, [y ya contagiaron de la manía á los mexicanos] usan en el ojal de la levita, un botón cualquiera; en último caso el de anuncio de alguna carnicería.

Imposible fuera seguir una por una todas las inventivas del Sr. Bulnes en un sólo artículo; pero creo haber expuesto lo bastante para fundar la opinión que emití al principio; esto es, que sobre no haber dicurso, ni ar-

gumentación, ni tesis, ni dialéctica en el escrito á que me refiero, no hay asomo de verdad en las proposiciones ó asertos. Todo es arbitrario, ageno á la ciencia, á la justicia y á la lógica. Una sola cosa palpita con integridad irreprochable en todo el artículo, con lógica indiscutible: el odio á la nación eminentemente cristiana, que en medio de interminables borrascas, de conflictos, ha salvado su fé autora de su grandeza, y ha conservado incólume su fidelidad á la Silla Apostólica. Ese es el odio á España; el odio á la cruz; y no debe extrañar que tan osadamente se calumnie á aquella, cuando hay innumerables bibliotecas atestadas de calumnias contra el Calvario.

TRINIDAD SÁNCHEZ SANTOS.

CONTESTACION DEL SR. BULNES

Junio 1º de 1897.

Dice *El Universal*, de hoy, que el señor Bulnes contestará á mediados de la semana el juicio que acerca de su artículo escribí, y que aparece *La Voz de México*.

Celebro que el Sr. Bulnes disponga de tiempo sobrado para meditar la refutación al dictamen que tracé inmediatamente después de leído su artículo, sin dar reposo á la pluma, ó como suele decirse, *sobre la rodilla*. A pesar de esto, tengo la seguridad acerca de la absoluta verdad de mis proposiciones. Mas, para que la controversia sea útil, ordenada y decorosa, deseo fijar anticipadamente estos conceptos:

I. Si la réplica del Sr. Bulnes contiene ataques, por rudos que fueren, con tal de que sean razonados y fundados, al dogma católico, tendré el gusto de contestar á mi vez; pero si contiene injurias á ese dogma, las personas ó las cosas sagradas, guardaré silencio, lo mismo que si encierra insultos personales; porque nos está prohibido á los escritores católicos, sobre todo por las instrucciones del ilustrísimo señor Visitador Apostólico, entrar en ese género de contiendas. Considere, por lo tanto, el